



Palmira

**Alberto
Vázquez-Figueroa**

En pleno festival de Cannes, durante un almuerzo con un amigo, Andrea, una mujer elegante, refinada y espectacular, comienza a relatar su historia con Palmira, una millonaria de exótica belleza, casada y con tres hijos.

Desde su primer encuentro Andrea se siente atraída por sus enormes ojos negros y esa angustiada soledad que parece siempre rodearla.

A partir de ese momento, las invitaciones de Palmira se suceden y Andrea no sabe si Palmira está enamorada de ella o pretende proponerle una relación a tres con su marido.

Durante un viaje a los Alpes suizos, Palmira, pretextando un viaje de negocios a Nueva York, deja a Andrea al cuidado de su familia y, al poco de regresar, una hermosa joven guatemalteca, Omaya, aparece en escena.

Palmira oculta algo, pero ¿qué es? Mezcla equilibrada entre la novela de aventuras y la de intriga. Palmira es una extraña historia sobre dos mujeres cuyas vidas se entrecruzan fatalmente.

A José Moya, editor, amigo y consejero.

—Quiero contarte la historia de Palmira.

—Prefiero contarte yo una historia y tú la escribes. Me cansa que todo el mundo pretenda que le escriba sus historias.

—No es la mía. Es la de alguien a quien no conoces. Si cuando haya concluido, crees que no te interesa, no la escribas, pero al menos tienes que escucharme... Me debes eso.

¿Se lo debía...?

Tal vez sí; tal vez no: depende de como se mirara. Hacía ya cinco años que Andrea y yo nos conocíamos, y aunque había perdido tiempo atrás toda esperanza de conseguir que me ofreciera algo más que su tranquila amistad, en muchas ocasiones, cuando no me agradaba la idea de cenar aburrido o acudir en solitario a una gala nocturna, no había dudado en hacerme compañía, y lógicamente mi vanidad masculina agradecía la presencia de una mujer tan elegante, refinada y espectacular.

En aquel mismo instante, allí, almorzando en la piscina del «Hotel Majestic», que durante los días del Festival se encontraba atestada de provocativas muchachitas que mostraban sin recato sus senos perfectos y sus cuerpos mínimamente cubiertos, Andrea, discretamente ataviada con una vaporosa falda plisada y una blusa apenas escotada, atraía con más fuerza las miradas de los hombres y los objetivos de las cámaras de los fotógrafos que todas las «starlettes» juntas, e incluso que la famosísima Charlotte Rampling que ocupaba una mesa cercana.

—¿Qué tiene de especial la historia de Palmira...?

—¿Vas a escucharla...?

Había un tono en su voz, y un brillo en su mirada, que me hizo sentir que aquél no podía ser un relato vulgar, aunque, a decir verdad, desde el momento mismo en que había hecho su aparición en el bar del hotel, me asaltó la impresión de que algo había cambiado profundamente en Andrea, y no era ya la muchacha jovial, despreocupada y sin problemas, de años antes.

—No tengo nada mejor que hacer hasta las nueve.

—No creo que me lleve tanto tiempo...

Patrick, el atento *maître* italiano que me reservaba exactamente la misma mesa en el mismo rincón de la piscina desde hacía ocho años, acudió como de costumbre con un gran plato de langostinos «obsequio de la casa», sonrió admirativamente a mi acompañante, y tras tomar nota de lo que deseábamos, se alejó con su discreción de siempre para ordenar a sus camareros que procurasen interrumpirnos lo menos posible.

—¿Y bien...?

El disgusto que descubrí en sus fascinantes ojos me obligó a sentirme más culpable por mi burlona sonrisa que toda una catarata de reproches.

—Jamás podrás tomarte nada en serio, ¿no es cierto?
—musitó apenas—. A menudo me pregunto cómo puedes ser escritor, si te muestras siempre tan frívolo... ¿O soy únicamente yo quien te impulsa a comportarte de ese modo?
¿Tan idiota parezco?

Aun sin pretenderlo, cambié el tono:

—Siempre te he considerado una de las mujeres más inteligentes que conozco, y sabes que si no estuviera casado te habría propuesto que te vinieras a vivir conmigo. —Le encendí el cigarrillo con el que jugueteaba nerviosamente hacía ya mucho rato e intenté congraciarme de nuevo con ella—. No te enfades y cuéntame esa historia.

Me miró largamente y me asaltó la sensación de que me estaba examinando, como si tratase de convencerse de

que hacía bien en confiar en mí, y yo era en verdad algo más que el amigo ocasional que aparecía por Cannes una vez al año, la invitaba a cenar o a las ridículas fiestas que organizaban las grandes productoras cinematográficas, y desaparecía de nuevo quince días más tarde para no tener más noticias mías a lo largo del año que una corta llamada telefónica por Navidad.

—Llevo tiempo esperándote —dijo al fin—. Me sentía impaciente por contarte lo que ha ocurrido, pero ahora me haces dudar. Cuando leo tus libros me siento cerca de ti, pero, curiosamente, cuanto más me aproximo físicamente, más lejos me siento: como si fueras otra persona; como si me asaltara el temor de que en realidad no eres tú quien escribe.

—Le ocurre a mucha gente —admití—. Los lectores tienden a idealizar al escritor porque posee la facultad de crear, sin comprender que tan sólo tenemos una mayor facilidad para expresar con letras lo que otros expresan con palabras.

—Pero tu sensibilidad...

—A menudo la sensibilidad no es más que una de las tantas facetas del oficio. Pero dejemos eso...: Háblame de Palmira. Me gusta el nombre.

—Es sudamericano. Guatemalteco...

—Me encanta Guatemala. Es un país precioso...

—Palmira siempre hablaba de sus lagos... Y sobre todo del color, añil, de su cielo.

—¿Dónde la conociste?

—En la Galería. —Dudó—. Bueno: En la Galería exactamente, no. La primera vez que la vi fue en «Félix». Yo estaba almorzando con una cliente cuando entró y desde el primer momento me llamó la atención, más que por su exótica belleza, por su extraordinaria distinción y su aire ausente. —Pareció estar visualizando mentalmente aquel momento—. Se sentó como rodeada por la más angustiada soledad que se pueda concebir en ser humano alguno, inmer-

sa en sus pensamientos, sin reparar en nadie hasta que me vio, porque a partir de ese momento no apartó apenas la mirada, y debo confesar que nunca me he sentido tan observada por nadie, ni aun siquiera por ti, aquella primera noche en el «Tetou».

—Recuerdo que derramé el vino y la sopa, y tuvieron que colocar tres servilletas sobre el mantel porque parecía que hubiera estado comiendo una piara de cerdos.

—Me sentí incómoda. Halagada porque a toda mujer le gusta que la admiren, pero incómoda porque sus enormes ojos negros parecían estar analizando cada uno de mis gestos con un interés y un detenimiento que no había percibido hasta entonces ni en el más impertinente de los hombres.

—Entiendo.

No hizo caso de mi comentario, se limitó a echarse atrás ligeramente permitiendo que el camarero colocara ante ella el melón con Oporto que había pedido, y tras probarlo y asentir con un leve gesto de cabeza, añadió:

—A la mañana siguiente entró en la Galería y ni siquiera me pasó por la mente la idea de que me hubiera seguido, aunque luego supe que lo había hecho la tarde anterior. Compró, sin discutir el precio, el canterano de ébano y marfil que tanto te gustaba y se interesó por una pareja de jarrones chinos que había perdido la esperanza de colocarle a nadie ya que la cifra que pedía por ellos incluso a mí misma se me antojaba escandalosa.

—Haberlos rebajado.

—Hubiera perdido dinero. Me equivoqué al comprarlos y no me quedaba más remedio que apechugar con ellos a la espera de que surgiera alguien dispuesto a pagar un capricho extravagante. En la Costa vive gente muy rica y confiaba en que alguna millonaria loca decidiera llevárselos.

—¿Se los llevó?

—Tres días más tarde —asintió—. Me invitó a almorzar para discutir el asunto y pedirme consejo sobre dónde de-

bía colocarlos y, naturalmente, acepté.

—¿Por qué?

—En primer lugar porque estaba en juego lo que para mí constituía una pequeña fortuna, y en segundo, aunque tal vez en realidad eso fuera lo más importante, porque su personalidad me fascinaba y sentía curiosidad por saber algo más sobre ella y sobre las razones que tenía para interesarse tanto por mí.

—¿Se interesaba realmente por ti?

—¡Desde luego! Durante toda la comida apenas hablamos de los jarrones porque no hizo otra cosa que preguntar sobre mis gustos, mi trabajo, mi familia y mi vida privada...

—¿No te molestaba semejante interrogatorio?

—En absoluto. Se comportaba con tanta sencillez y amabilidad, que a los pocos minutos perdí toda prevención, y cuando al terminar me invitó a dar un paseo, me sentí su amiga independientemente de que se quedara o no con los jarrones.

—¿Qué sabías de ella?

—Muy poca cosa; que había nacido en Guatemala y desde hacía ocho años vivía en Antibes. No le gustaba hablar sobre sí misma. Prefería hablar de mí, o de pintura, libros y decoración —sonrió—. Te conocía. No mucho, pero cuando le hablé de ti se mostró interesada, me preguntó qué clase de relación manteníamos, y acabó aceptando que había leído un par de libros tuyos, aunque admitió que no le interesaban demasiado tus temas.

—La odio.

—No puedes pretender que tus libros le gusten a todo el mundo.

—Por lo menos deberían gustarle a las mujeres altas, guapas y elegantes. Los fontaneros barrigones no me interesan. —Le guiñé un ojo—. ¿Cambiaría de opinión si me conociera personalmente?

No obtuve respuesta. Quizá porque en esos momentos habían acudido a retirarnos los platos, o quizá porque no le había hecho gracia mi estúpido comentario y prefería ignorarlo fingiendo que se distraía observando a un hombrecillo bizco, encorvado, barbudo y casi andrajoso que acababa de hacer su aparición rodeado de fotógrafos.

—Cuesta trabajo admitir que sea una estrella de cine — señaló sin acritud—. Y que, además, haya hecho el último Tazán. En mi juventud los tarzanes eran altos, guapos, fuertes y con aspecto limpio y sano. Éste tiene todo el aire de un alcohólico o un drogadicto. Con Weissmuller le hubieran dado el papel de la mona.

—Los hombres ya no son lo que eran.

Me miró con dureza y sus ojos consiguieron que me sintiera ridículo y patoso.

—Me estás prejuzgando —musitó apenas.

—Lo siento. Perdona.

—No tiene importancia. Si incluso a mí me costó meses aceptar mis propios sentimientos, no puedo pretender que entiendas la situación cuando apenas he empezado a exponértela. No resulta en absoluto fácil tratar a Palmira —continuó al poco—. Se mostraba dulce, atenta y delicada, pero era siempre, al propio tiempo, un ser distante e inalcanzable del que tenías continuamente la sensación de que estaba muy lejos, como si el mundo y las personas que la rodeaban le resultasen extraños y no consiguiera comprender las razones por las que existían o se movían a su alrededor.

—¿Cuál es su signo?

Lanzó un sonoro resoplido:

—¿Hasta cuándo vas a continuar diciendo tonterías? —inquirió—. ¿Acaso crees en eso?

—No. Pero si mal no recuerdo te entusiasmaba la Astrología.

—Ya no.

—Has cambiado mucho...

Asintió apenas.

—Mucho, en efecto. ¿Por qué tendría que negarlo...? A partir de aquel día volvió continuamente por la Galería y comíamos juntas, dábamos largos paseos, íbamos de compras y compartíamos todos los momentos que nos quedaban libres...

Hizo una pausa y quedó ausente, con la vista fija en un punto perdido más allá de los altos setos que rodeaban la piscina, como si estuviera rememorando un tiempo muy feliz por el que sentía una invencible nostalgia.

—Tenía un amargo y cáustico sentido del humor... — continuó—. Aunque sufría continuos altibajos pasando del entusiasmo a la depresión sin que jamás consiguiera adivinar las razones de semejantes cambios...

El camarero había colocado ante ella el segundo plato: un lenguado a la plancha de magnífico aspecto, pero se diría que los recuerdos habían tenido la virtud de quitarle el apetito y ni siquiera hizo ademán de probarlo, limitándose a encender un cigarrillo y continuar su relato sin apenas mirarme.

—Al fin un día me habló de su marido y sus hijos y te mentiría si no admitiese que aquello constituyó una especie de golpe bajo inesperado. Quizá por primera vez en mi vida experimenté algo muy parecido a los celos, o tal vez sería mejor decir envidia, porque imaginar que alguien podía disfrutar de la diaria presencia de Palmira, compartir su vida y sentirla de alguna forma como algo propio me hizo daño, pues me había hecho a la idea de que era un ser surgido de la nada, que no tenía pasado ni más presente ni futuro que compartir todos mis momentos de angustia o felicidad.

Una vez más se hundió en uno de sus largos silencios, se fue muy lejos, probablemente en busca de aquella extraña mujer que la mantenía obsesionada, y tuve que hacer un gran esfuerzo y concentrarme en lo que estaba comiendo para evitar cometer el tremendo error de preguntar algo muy delicado que continuamente pugnaba por escapar de mis labios.

Permití que regresara por sí misma a la realidad del mundo y la piscina, al reparar en el hecho de que el conocido rostro que tomaba ahora asiento en la mesa vecina era el de Charles Aznavour, y sonrió levemente como si acabara de descubrirme después de mucho tiempo.

—Es Aznavour —dijo—. Fuimos a verle juntas. Nos gustó mucho.

—Me hablabas de su marido y sus hijos.

—¡Ah, sí...! Ellos... Un día Palmira me invitó a pasar un largo fin de semana en su yate. El *Isla Negra*, y la verdad es que no puedo explicarte cuáles eran mis sentimientos cuando por fin subí a bordo...

Omar Monteverde era un hombre dulce, hermoso y frágil que recordaba a un salvaje pirata al timón de su nave, para pasar de inmediato, casi sin solución de continuidad, a convertirse en un chiquillo travieso o en un ser ensimismado y ausente al que sus hijos veneraban.

Las niñas, Celeste y Violeta, habían sacado los rasgos y el carácter de su madre, y el chico, Ismael, la exótica belleza de Palmira y la rojiza cabellera y la altivez de un lejanísimo antepasado, el Conquistador Don Pedro de Alvarado que volvió locas de amor a la mitad de las princesas del Nuevo Mundo.

A Andrea le resultó inconcebible que pudiese encontrarse en el mundo una familia más perfecta, y a causa de ello desde un principio le desconcertó el aparente esfuerzo que Palmira se veía obligada a realizar, para responder a las manifestaciones de afecto con que parecían asediarla su marido y sus hijos.

A su modo de ver cualquier mujer hubiera tenido que sentirse plenamente feliz con cuanto ella poseía, pero resultaba evidente que Palmira Monteverde mantenía una confusa lucha interna que la obligaba a mostrarse distante e in-

cluso a menudo fría con los suyos, lo cual provocaba una especie de desazón y desconcierto entre los niños.

El varón parecía esforzarse por ocultar su frustración buscando refugio en la pesca, por lo que se mantenía siempre ensimismado, mientras las hembras pululaban continuamente, en torno a su padre, y la menor, Violeta, se la creería incapaz de sobrevivir si la alejaban unos metros del ser que se había convertido en el eje de su existencia.

Si Omar se encontraba al timón, se sentaba a su lado; si fotografiaba gaviotas, le sujetaba las cámaras; si comía, trepaba a sus rodillas, y si se lanzaba al agua a bucear, le seguía con la vista a todas partes, reflejando en su moreno rostro la angustia que le producía el hecho de que cualquier horrendo monstruo de las profundidades pudiera arrebatárselo definitivamente.

Celeste, ya casi una mujer por su forma de hablar y comportarse, fue la que más identificada se sintió desde un principio con Andrea; la que acudió en su ayuda al comprender que se sentía en cierto modo desplazada, y la que contribuyó a levantarle el ánimo con frases de admiración por la belleza de su rostro, la elegancia de sus vestidos, o la perfección de su cuerpo cuando decidió ponerse en bañador.

—Mamá habla mucho de ti —fue su saludo—. Dice que eres muy simpática y muy inteligente. También eres muy guapa. ¿Lo sabías...?

—Supongo que eso es siempre lo primero que averiguamos las mujeres. Tú también sabes ya que eres muy guapa, ¿verdad?

La chiquilla rió divertida y la tomó de la mano conduciéndola hacia el pequeño camarote que le habían asignado, como si con ello pretendiera rubricar la relación de amistad que acababa de nacer entre ambas.

—¡Ven! —pidió—. Te ayudaré a instalarte. ¿Sabes que eres la primera persona que mamá invita al barco? Siempre

dice que es como nuestro castillo; la fortaleza inexpugnable vedada a los extraños... Te debe apreciar mucho.

—Yo también a ella.

—No lo parece por los jarrones que le has vendido. ¡Son horribles...!

—¿Horribles? —Se escandalizó—. ¡Son auténticos jarrones chinos de la dinastía Ming! Valen una fortuna.

—¡Ya lo creo que valen una fortuna...! Papá casi se traga la pipa cuando se enteró del precio.

El reproche le hizo sentirse culpable y tras la cena, cuando ya Omar había acompañado a los niños a sus literas y se sentaron a tomar café en la cubierta de popa observando cómo las luces de Mónaco brillaban a lo lejos, por babor, ofreció a Palmira la ocasión de devolverle los jarrones con la disculpa de que un cliente árabe parecía interesado en adquirirlos.

—No es verdad y lo sabes —fue la respuesta de la guatemalteca—. Sólo dos locas como tú o como yo somos capaces de pagar por ellos lo que hemos pagado, pero existe algo en esos jarrones que me gusta: cuando este yate, mi casa, mis muebles, mis joyas o mi «Rolls» no valgan nada, y de nosotros no quede tan siquiera el recuerdo, aparecerá otro loco dispuesto a gastarse en ellos una fortuna aunque tan sólo sea por lo que han significado a lo largo de la Historia... —Se puso en pie bruscamente—. Y ahora me voy a dormir; estoy cansada... —Le miró a los ojos y aquella mirada le resultó más extraña que nunca—. Hazle compañía a Omar... —pidió—. No le gusta quedarse solo.

Desapareció en el pasillo sin dar tiempo siquiera a desearle un buen descanso, y tanto su marido como Andrea quedaron desconcertados, pues hasta aquel momento apenas habían cruzado un par de palabras y nada tenían en común cuando les faltaba el nexo de unión que significaba Palmira.

El cielo y sus estrellas acudieron en su ayuda, porque Omar lo eligió como tema de conversación que pusiera fin

a la incómoda situación en que les habían dejado, aunque se lamentó de que aquél era un firmamento que no conocía tan a la perfección como el del hemisferio austral.

—Allí tuve tres años para estudiarlo a fondo —dijo—. Ése fue el tiempo que Pinochet me mantuvo encerrado en un campo de concentración del sur de mi país.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Fue la pregunta que hice durante aquellos tres años, y la que luego me hice a mí mismo durante mucho más tiempo. Pero llegué a la conclusión de que los tiranos nunca tienen respuestas. No las necesitan. El único lenguaje que comprenden es el suyo propio: la violencia.

—Nunca he visto que la violencia conduzca a nada.

—En mi país es ya el único camino que queda. Lo hemos intentado todo por la vía del diálogo, pero resulta inútil. De ahora en adelante les daremos lo que entienden: sangre y muerte.

Andrea observó un tanto confusa a aquel hombre con aspecto de galán de cine, vestido de seda natural, bronceado y sentado a la popa de un lujoso yate que surcaba pacíficamente las aguas mediterráneas, y le costó trabajo admitir que estuviera hablando seriamente de revolución y muerte a miles de kilómetros de su patria.

Él pareció captar su pensamiento porque dejó a un lado la cachimba que había estado chupeteando desde hacía una hora y sonrió apenas con la comisura de los labios.

—No se llame a engaño —le advirtió—. El hecho de que me encuentre aquí, no significa que olvide a los míos. Por el contrario, me obliga a sentirme culpable por una libertad y un bienestar del que ellos carecen, y me impulsa a luchar con más fuerza para que un día pueda disfrutar plenamente, y con la conciencia limpia, de cuanto la vida me ofrece.

—No creo que tenga la culpa de que Pinochet mande en Chile.

—«Todos» los chilenos tenemos una parte, grande o pequeña, de esa culpa. Hay quien lo acepta, y hay quien trata de olvidarlo. A mí, que vi cómo se llevaban a una pobre gente que ningún mal había hecho para «darle un paseo» del que jamás volverían, me resulta imposible olvidar o perdonar. —Hizo un significativo gesto a su alrededor señalando la magnificencia del barco en que se encontraban—. «Esto» no significará nunca nada hasta que los asesinos paguen por sus crímenes.

No eran palabras vanas destinadas a impresionarla y Andrea lo entendió así. Omar Monteverde parecía tener dos vidas paralelas que difícilmente se unirían: la del hombre casado con una hermosa millonaria, y la del combatiente martirizado por la necesidad de liberar a su pueblo de un sanguinario canalla.

—¿No le asusta poner en peligro a su familia por continuar en esa lucha? —Quiso saber—. Palmira y los niños ni siquiera conocen Chile.

—Ella sabía mi forma de pensar desde el primer momento. Le advertí que casarme no significaba renunciar a mis ideas, y aceptó el riesgo... Dejar de combatir tan sólo por el hecho de que me casaba con una mujer rica hubiera sido tanto como admitir que mis ideales carecían de valor, ¿no le parece?

Andrea hizo un leve gesto de asentimiento y señaló el nombre del yate que destacaba sobre un salvavidas.

—¿Lo de *Isla Negra* es por Neruda?

—¿Por quién si no...? Sólo cuando en su casa de Isla Negra vuelva a resonar su voz sin que nadie la acalle, y desde Atacama a la Patagonia se le pueda recitar sin miedo a la cárcel o la muerte, me consideraré con derecho a disfrutar de toda la riqueza y felicidad que Palmira ha sido capaz de proporcionarme.

Sin embargo, Andrea no podía evitar experimentar la indefinible sensación de que aquella felicidad no resultaba en absoluto compartida, y de alguna forma Palmira oscilaba